Sandford hayan podido acelerar mi desgraciado destino, sin embargo el interés que acaba de manifestarme le asegura para siempre mi reconocimiento.

— ¡Ah! esclamó á su turno madama Horton, M. Sandford cree en este momento manifestar á vm. su amistad sin consecuencia alguna. Al presente que milord Elmwood va á alejarse para siempre, no ve peligro en permitir que vm. lo vea aun una vez. Y ella creyó por medio de esta observacion hacer el elogio de M. Sandford.

Capitulo Undécimo.

Al retirarse á su cuarto miss Milner la siguió miss Woodley, que no quiso dejarla en toda la noche; pero esta se empeñó en vano en hacerla acostarse.

Negóse miss Milner á todas sus instancias, y le declaró que, desde aquel momento, no esperaba disfrutar ningun reposo. — La tarea que yo me habia impuesto ha cesado. Ya no hay necesidad de fingir, y el resto de mi vida quiero dejar un curso libre á mi desesperacion.

En el momento en que comenzaba á amanecer. — Y sin embargo podria verlo aun una vez, dijo ella; podria verlo dentro de dos horas, no depende sino de mí; porque M. Sandford me ha convidado.

— Si vm. cree, mi querida miss Milner, dijo miss Woodley, que no podrá ver á milord Elmwood despe-

dirse de nuevo de vm., sin quebrantarse aun su corazon, por Dios no lo vea vm. mas; pero si cree vm. que una despedida mutua y mas directa, que la de ayer, pueda dulcificar su dolor, será necesario bajar y desayunar con él. Yo me adelantaré; prepararé á milord á ver á vm. sin que le cause ninguna sorpresa, y aun le haré entender que ha querido vm. corresponder al convite de M. Sandford.

Escuchábala miss Milner con una ligera sonrisa; pero objetó cuan poco convendria manifestar deseos de volverlo á ver despues que se habia despedido de ella. Miss Woodley que notó que en medio de sus insinuaciones

BIBLIOTECA

sobre lo poco conveniente de aquel paso, no deseaba otra cosa que darlo, le demostró que el hombre mas pagado de sí (y seguramente milord Elmwood no era de este caracter), no podia atribuir su deseo de decirle el último adios á la mas mínima esperanza de volver á ganar su corazon, y echar por tierra la resolucion que habia tomado.

No pudo miss Milner dejar de convenir en ello, pero no tuvo aun valor para decidir lo que debia hacer.

No eran ya los crepúsculos de la mañana sino la misma aurora la que alumbraba su cuarto. Miss Milner se arrimó al espejo, sopló en sus manos,

las pasó por los ojos, compuso su peinado, y cuando hubo acabado, dijo á miss Woodley : — Yo no me atrevo á volverlo á ver.

— Haga vm. lo que le acomode, respondió su amiga ; por lo que á mí toca, pienso verlo. Despues de tantos años que vivo bajo el mismo techo que él, y siempre honrada con su amistad, en el momento de partir acaso para diez años, tal vez para siempre, creeria faltar á lo que le debo, si no aprovechase los últimos momentos que me restan de estar con él.

— Vm. va pues á estar con él, dijo con viveza miss Milner : si desea verme, iré de muy buena gana, ya lo

sabe vm.; pero si no habla de mí, no quiero presentarme; por Dios, no me engañe vm.

Prometióselo miss Woodley; un momento despues oyendo los movimientos de los criados que iban y venian en la casa, y habiendo dado las seis, fué miss Woodley á la sala del desayuno.

Halló en ella á milord Elmwood en trage de viage, de pie, junto á la chimenea, y sumergido en sus reflexiones; como no esperaba verla, se estremeció cuando entró, y con aire inquieto le dijo: — ¿Qué hay, mi querida miss Woodley?

— Nada, milord, respondió ella,

pero seria yo muy culpable á mis ojos si no viese á vm. en este momento, no dependiendo sino de mí.

— Doy á vm. las gracias, dijo milord, con un suspiro el mas profundo y mas espresivo que se hubo permitido aun el hacer oir. Creyó ella ver tambien que sus ojos le pidian noticias de miss Milner: aunque él no se hubiese atrevido á hacer esta pregunta, estaba casi tentada de responder á ella, y consideraba dentro de sí misma si debia ó no nombrar á miss Milner, cuando se presentó M. Sandford.

— Milord, dijo este, ¿en donde se ha acostado vm. esta noche?

— ¿Por qué me lo pregunta vm.?

— Porque acabo de salir de su cuarto de vm., replicó este, y su cama no está descompuesta; seguramente que vm. no se ha acostado allí esta noche.

— No me he acostado en ninguna parte, replicó, no me sentia con ganas de dormir, y como tenia que registrar algunos papeles y habia de levantarme temprano, he tenido por mas acertado el no acostarme.

Encantada de la franqueza de esta confesion, no pudo resistir miss Woodley los deseos de decir: — Ha hecho vm., milord, lo mismo que miss Milner, porque tampoco ella se ha echado en la cama en toda la noche.

Estas palabras fueron dichas como al descuido, pero milord las repitió con la espresion de una viva inquietud. — ¡Miss Milner no se ha echado en cama en toda la noche!

— Si está levantada, ¿por qué no viene á tomar una taza de café? dijo Sandford que comenzaba á vaciarlo.

— Si creyese que su presencia podia ser agradable, replicó miss Woodley, estoy segura que vendria á tomarlo; y miró á milord Elmwood, aunque no le habia dirijido precisamente la palabra. Milord no respondió respuesta alguna.

— ¿Agradable? replicó Sandford con tono de enfado. ¿Hay aquí alguno

BIBLIOTECA

que esté enfadado con ella? ¿No está en paz con todo el mundo? ¿No desea el bien de todos nosotros?

—Seguramente que desea el bien de todo el mundo, respondió miss Woodley.

—¡Pues bien! traígala vm. aquí, dijo Sandford; ¿será bastante injusta para creer que no somos todos amigos suyos?

Salió al punto miss Woodley, y halló á miss Milner que estaba ya desesperada y temblando á cada momento de oir la partida del coche antes de la vuelta de su amiga.

—¿Me envia á buscar? preguntó al punto que vió á miss Woodley.

—Es M. Sandford, pero milord estaba presente; aseguro vm. que puede venir sin el mas mínimo cuidado; á no ser así no le instaria á vm. á ello.

Sin mas protestas se apresuró miss Milner á seguir á su amiga, cuyo tierno afecto no le habia parecido nunca tan amable, ni tan oficioso como en aquel momento.

Al entrar en la sala se colorearon sus megillas pálidas antes; lord Elmwood se levantó y le adelantó una silla.

Sandford la miró con curiosidad, probó el café, y dijo que jamas habia podido hacerlo á su gusto.

Tomó miss Milner una taza, que apenas pudo sostener.

No hacia mas que comenzar el desayuno, cuando se oyó el ruido del carruaje que debia conducir á milord Elmwood. Miss Milner se estremeció, milord se estremeció tambien; pero viendo que se iba á escapar la taza de las manos de miss Milner, se la quitó Sandford diciendo : — Acaso preferirá vm. tomar té.

Si es que se menearon sus labios para responder á lo menos Sandford no pudo oir lo que habia dicho.

En aquel momento entró un criado diciendo á milord Elmwood que el carruaje estaba en la puerta.

— Muy bien, respondió; pero aunque habia ya desayunado, no hizo por de pronto movimiento alguno; en fin levantándose con precipitacion, como si le fuese necesario partir á toda priesa una vez decidido á hacerlo, tomó su sombrero que habia bajado consigo, y se volvió hácia miss Woodley para despedirse de ella segunda vez, cuando Sandford esclamó : — ¡Milord vm. está muy de priesa! y como si hubiese querido dar á miss Milner los mas momentos que le fuese posible, añadió, mirando á su alrededor : — Yo no sé que he hecho de mis guantes.

Milord Elmwood, despues de ha-

berse despedido de miss Woodley en los mismos términos que la víspera, se aproximó á miss Milner, y, tomando una de sus manos, la tenia de nuevo apretada entre las suyas, pero sin decir una sola palabra, cuando esta, no pudiendo ya contener sus lágrimas, las dejó correr á torrentes.

— ¿Qué quiere decir todo esto? esclamó Sandford con cólera yendo hácia ellos.

Ninguno de los dos respondió, ni mudó de situacion.

— Desde este momento, continuó Sandford, separados para siempre ó unidos hasta la muerte.

El tono imponente y solemne con

que habia pronunciado estas palabras los hizo volverse hácia él, sobrecogidos de asombro y como petrificados de lo que acababan de oir.

Dejólos por un momento Sandford, corrió á una mesita que habia en un rincon de la sala, tomó en ella un libro, y volviendo á ellos, con aquel mismo libro en la mano.

— Lord Elmwood, ¿ama vm. á esta muger?

— Mas que á mi vida, respondió milord, con el acento mas apasionado.

Volviéndose Sandford en seguida hácia miss Milner: — ¿Puede vm. decir otro tanto acerca de él? Puso

ella sus manos sobre los ojos y esclamó : — ¡Oh cielo!

— ¿Yo creo que vm. dice que sí? continuó Sandford. ¡Pues bien! en nombre de Dios y de su dicha de vms., pues que está dicha esta fuertemente interesada en ello, déjenme vms. quitarles la facultad de separarse jamas.

Milord lo miró con aire de sorpresa, pero como muy satisfecho de la nueva perspectiva que se ofrecia á sus ojos.

Miss Milner suspiraba, trémula y como arrobada en extasís, mientras que Sandford, con toda la dignidad de las funciones que desempeñaba

en aquel momento, habló en estos términos :

— Milord, mientras que he creido que mis consejos podian salvar á vm. de la mas pesada de todas las cadenas, de la cadena conyugal, no he cesado de prodigárselos á vm. y hacerle ver el peligro, tal como yo mismo lo veia ; pero aunque viejo y sacerdote, puedo someterme á creer que he incurrido en error, y ahora pienso firmemente que importa á la dicha de ambos el que se unan para siempre. Milord, reciba vm. como esposo los votos de esta muger; que sean para vm. las prendas de su conducta futura; vm. no puede exigírselos mas santos ni

mas solemnes, y yo veo en su continente, que ella está resuelta á cumplir sus empeños. Y vm., querida mia (dirigiéndose á la misma), sometase vm., segun se lo imponen sus compromisos á un marido tan lleno de mérito y de virtudes, y será vm. todo lo que yo, todo lo que él, todo lo que el cielo mismo, pueden desear que vm. sea. Ahora, milord Elmwood, desde este momento renuncie vm. á ella para siempre, ó encadénela con tales nudos que jamas pueda ella olvidar su santidad.

Milord Elmwood se dió un golpe en la frente; eran estremas su incertidumbre y ajitacion; pero teniendo

siempre la mano de miss Milner esclamó: — Yo no puedo separarme de ella. Conociendo al punto que esta respuesta era equívoca, se echó á sus pies y le dijo: — ¿Quiere vm. perdonarme el haber podido titubear? ¿quiere vm. mostrarme en el estado de matrimonio aquel tierno amor que no me ha mostrado aun hasta aquí? ¿quiere vm., poseyendo todos mis afectos, sufrirme con todas mis faltas?

Ella se levantó, y no pudo responderle sino con sus miradas, y sus lágrimas de que le bañaba las manos.

Al punto se volvió él hácia Sandford, y colocando á miss Milner á su

lado, segun las formas usadas para el matrimonio, hizo entender con aquello á Sandford, que podia comenzar: este abrió el libro y los casó.

Cumplió las funciones de su ministerio de una manera tan edificante, que conmovió á cuantos estaban presentes á la ceremonia; mientras que miss Milner, cubierta de confusion, ocultaba su rostro en el seno de miss Woodley.

Para suplir el anillo nupcial, saco milord Elmwood una sortija de su dedo; todo lo demas del tiempo sus pensamientos estuvieron elevados hácia el cielo. Pero concluida la ceremonia, los recogió hácia el objeto de su a-

mor. Abrazó á milady Elmwood con todos los trasportes del mas tierno, del mas feliz esposo, y veinte veces en el enagenamiento de su alma la llamó su muger.

— Pero, dijo Sandford, vms. no están casados, milord, sino segun las leyes de su relijion, y no segun la relijion de su esposa y de su pais; permita vm. que le aconseje no difiera esta segunda celebracion, no sea que en el intérvalo mude de parecer y rehuse el confirmar los nudos que vm. acaba de formar.

— Conozco en efecto que hay peligro, replicó milord Elmwood; y para

prevenirlo, se verificará mañana la ceremonia.

Las damas esclamaron, y Sandford les concedió cuatro dias.

Miss Milner se acordó, porque todo el mundo lo habia olvidado, de que el carruaje estaba siempre en la puerta. Fué despedido en el momento, y el placer que disfrutó miss Milner al verlo, desde la ventana, marchar desocupado no fué para ella uno de los menores de la mañana.

Jamas se habia pasado de la desesperacion á la dicha, á una dicha perfecta y suprema, tan rápidamente como acababan de hacerlo miss Milner y milord Elmwood.

Hicieron con el mayor placer todos los preparativos necesarios para el dia feliz de la celebracion legal; pero este dia, con todos sus placeres, no equivalia á el en que Sandford los habia casado, porque la dicha jamas es tan grande como cuando es inesperada.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ULTIMO.

BIBLIOTECA

BIBLIOTECA PUBLICA DE NUEVO LEON
MONTERREY